

y toria al momento.
 MALEC. (*Abatido.*) Voy;
 mas de temor lleno estoy.
 ¡Pobre pueblo de Ismael! (*Vase.*)
 MULIM. Me pasma su desaliento,
 cuando jamás la fortuna
 presentó á la media luna
 tan favorable momento.
 El celo del islamismo
 inflama los corazones
 de nuestros claros varones,
 que ansian con santo heroísmo
 tantas afrentas vengar;
 y en justa y reñida guerra
 el dominio de esta tierra,
 cual valientes, restaurar.
 Alá bendice este celo
 y nuestra santa intencion,
 de lo cual indicios son
 esos cometas del cielo,
 y esas voces de metal,
 que en Velilla han resonado,
 y que á España toda han dado
 un desaliento mortal.
 Llegado es, sin duda, el día
 en que de Espadan la sierra
 truene y anuncie la guerra,
 cumpliendo la profecía
 del glorioso desencanto
 de Alfatin, que en su bridon
 de esmeraldas, el pendon
 alzará, del orbe espanto.
 En nuestro favor hoy sopla
 el viento de la fortuna,
 contamos sin duda alguna
 con Francia y Constantinopla.
 Mi primo, que á Tremecen
 rige, sus naves apresta:
 la ocasion segura es esta,
 ¿quién podrá dudarle, quién?
 Del Alfaquí las noticias...
 ¿por qué malas han de ser?...
 Yo espero, y lo vais á ver,
 que han de sernos muy propicias.
 ZEIR. Con Malec hácia aquí viene.
 Sale MALEC y ABDALLA alfaquí, con barba
 larga de anciano. Sobre el traje moris-
 co-español traerá un albornoz blanco;
 mostrará el semblante grave y sombrío.
 MULIM. (*Con afecto.*)
 ¡Oh Abdalla!... Seas bien llegado...
 TODOS. (*Rodeándole.*)
 ¡Oh Abdalla!...
 ZEIR. ¡Cuán deseado!
 MALEC. (*Aparte.*) ¡Qué aspecto tan triste tiene!

ABDAL. (*Con tono solemne.*)
 Dios es grande, Dios es grande.
 Y aquello que escrito está
 sin falta se cumplirá.
 MULIM. Cúmplase, pues, lo que él mande.
 ZEIR. Abdalla, de tu expresion
 y de tu rostro colijo,
 y me confundo y me aflijo,
 que tus nuevas malas son.
 MALEC. Hablad, las nuevas decid...
 ABDAL. Dios es grande. Reverente
 postrarse debe el creyente...
 MULIM. (*Impaciente.*) Pero, ¿qué nuevas?
 ABDAL. Oid.
 Noble Mulim-Albenzar,
 y generosos varones,
 víctimas de los pecados
 de nuestros claros mayores,
 pero que al profeta fieles
 y á la gloria de su nombre
 ansiáis restaurar su imperio,
 que debe regir al orbe:
 sin que desaliento siembren
 en vuestros pechos mis voces,
 atentamente escuchadlas,
 y resolved lo que importe.
 Pues tal vez cuando más recia
 la borrasca el aire rompe,
 más cerca está la bonanza
 que en bien las desdichas torne.
 A veces quiere fortuna,
 redoblando los rigores,
 de sus predilectos hijos
 el temple y constancia noble
 probar, y obstáculos nuevos
 á empresas altas opone
 adrede, porque la gloria
 de quien los vence sea doble.
 Pasé á Valencia la insigne,
 cual sabeis, con intenciones
 de recibir las respuestas
 que de la francesa corte
 y de la imperial Bisancio
 esperábamos. Y acordes
 el rey Enrico de Francia
 y el Gran Señor, sus favores,
 y su poderoso auxilio
 nos ofrecen.
 MALEC. Pues entónces...
 con un socorro tan grande...
 ZEIR. ¿Qué habrá, dí, que nos asombre?
 ABDAL. Ved que sólo con ofertas
 ambos príncipes responden;
 con ofertas de ayudarnos
 cuando el triunfo nos corone.
 Pero nada nos envian,

ni armas, ni naves disponen
 para empezar nuestra empresa
 y romper nuestras prisiones,
 que es cuando necesitamos
 de amigos y auxiliaores.
 (*Ligera pausa en que unos muestran abati-
 miento y otros indignacion.*)
 Esto ya me lo temia
 porque conozco á los hombres,
 y sé que los abatidos,
 los que en duros eslabones
 yacen, míseros esclavos,
 para dar el primer golpe
 no han de contar con más fuerzas
 ni con otros valedores,
 que con las que da el despecho,
 que con los que el cielo pone
 en idénticos apuros,
 en iguales aflicciones.
 Pero no penseis, amigos,
 que el corazon me destroce
 este primer desengaño;
 ni es él, creedlo, quien pone
 nuestra causa en duro aprieto,
 pidiéndonos hoy á voces
 ó resolucion gallarda
 ó resignacion conforme.
 MULIM. (*Receloso.*) Si la falta de un apoyo,
 de que tú mismo dudabas,
 no motiva el desaliento
 que se pinta en tus palabras,
 ¿cuál no previsto accidente,
 cuál nueva desdicha, Abdalla,
 esa dura alternativa
 con tal premura nos traza?
 ¿Desisten las poblaciones
 de estas ásperas montañas
 (sólo casi por moriscos
 favor del cielo, habitadas)
 de dar el grito de guerra
 que ha de trastornar á España?
 ¿Por ventura esos prodigios,
 que han manifestado clara
 la proteccion que los cielos
 dispensan á nuestra causa,
 y que tú mismo, tú mismo,
 tan favorables juzgabas,
 se han tornado infausto agüero?
 ¿Qué ocurre, pues?... dilo, acaba.
 ABDAL. No se ha entibiado el aliento
 que da vida á estas montañas,
 ni la decision valiente
 que es honra de esta comarca:
 decision y aliento santo
 de que impacientes aguardan
 su remedio los moriscos,

que pueblan la extensa España.
 He recorrido afanoso
 en esta rápida marcha
 varios valles de estas sierras;
 en todos arde la llama
 del valor: y Guadalete,
 Ayora, Teresa, Ubacar,
 Navarrés, la Muela, Murla,
 que Alajuár dé el grito aguardan;
 porque en tí, Albenzar gallardo,
 se cifran sus esperanzas.
 Tampoco de mal agüero
 pueden ser las señas varias
 con que el cielo nos anima
 y á los cristianos espanta.
 Y la aparicion, sin duda,
 de Alfatin está cercana;
 pues ya de Espadan los riscos,
 segun me informé, presagian
 con horrendos terremotos,
 y con voces subterráneas,
 que un gran prodigio conmueve
 sus misteriosas entrañas.
 MALEC. Pues ¿por qué, dime, te turbas?...
 ZEIR. ¿Por qué, amigo, te acobardas?
 ABDAL. Al que tiene interés grande
 en una empresa muy ardua,
 para los inconvenientes
 huye de encontrar palabras,
 y esto, amigos, me sucede.
 MALEC. Fuerza es que expliques...
 MULIM. (*Impaciente.*) Acaba.
 ABDAL. Al punto que entré en Valencia
 supe... ¡ay de mí!... que llegaban
 á todas estas marinas,
 cubriendo todas las playas
 de Cartagena á Tortosa,
 cuantas galeras España
 allá en Génova tenia,
 y en las costas africanas,
 y en Nápoles, y en Palermo,
 y en Puerto-Mahon, y en Palma.
 Y que numerosos tercios
 de Cataluña bajaban
 al Maestrazgo; que otros vienen
 de Portugal, y que en armas
 están cuantas tropas sirven
 al católico monarca.
 Y ví llegar de la corte,
 con despachos y con cartas
 de gran reserva, correos,
 que se esparcian en varias
 direcciones, derramando
 ciego terror, muda alarma,
 sin que el fin se trasluciese
 de prevenciones tan cautas.

Y de Salazar el conde,
varon de régia prosapia,
de carácter inflexible,
cuyo valor y arrogancia
son patentes, como el odio
que profesa á nuestra raza,
llegó á Valencia há dos días,
con la investidura sacra
de supremo comisario
del rey. Y al punto en su alcázar
reunió el cabildo, el acuerdo,
el tribunal de la infausta
inquisicion, los maestros
de los tercios, y otras varias
personas de gran valía,
de nobleza y de importancia.
Y allí se instaló un consejo,
que empezó á obrar sin tardanza,
reasumiendo autoridades
y facultad soberana,
compuesto del mismo Conde,
que lo preside y lo manda,
del marqués de Caracena
Visorey, del Patriarca,
del Comendador mayor
de Castilla en Calatrava,
y del valiente Mexía,
general de ilustré fama.
Y al publicarse estos nombres
y el gran poder que formaban,
las tropas aparecieron
con pendones y con armas,
con mechas la artillería,
y se alzó la horca en la plaza.
El pueblo quedó confuso,
la ciudad toda aterrada,
los ánimos abatidos,
sin que nadie penetrara
de tal trastorno el objeto,
de tanto apresto la causa.
Cuando al sonar mediodía,
aquí el aliento me falta,
desprendióse el rayo ardiente
de la nube encapotada;
vomitó el volcan oculto
sus asoladoras llamas;
lanzó aquel mar borrascoso
el monstruo de sus entrañas,
contra cuantos descendemos
de la estirpe musulmana.

MALEC. ¡Cielos!... Mas, ¿cómo?...

ZEIR. ¿Qué dices?

MULIM. Dejémosle hablar. Acaba.

ABDAL. Publicóse por Valencia,
con repique de campanas,
con gran clamor de clarines,

con ronco estruendo de cajas,
con nunca visto aparato,
con solemnidad extraña,
bando de exterminio y muerte
contra la morisca raza.
(Profunda sensacion en todos los moriscos.)

MALEC. ¡Qué horror!

ZEIR. ¡Qué crueldad!... ¡Oh cielos!

MALEC. De nuestros planes la trama
se ha descubierto, no hay duda.
¿Cómo el secreto?...

MULIM. (Suspense.) No faltan
nunca traidores, y alguno
vendió su fe. — Pero Abdalla,
ese bando que escuchaste,
esa tremenda ordenanza,
¿no será un amago sólo,
una impotente amenaza?
¿No será trueno sin rayo,
cual lo ha sido veces tantas?

ABDAL. Ahora juzgo que no hay medio
de conjurar la desgracia.
En término de dos meses
no ha de quedar en España
ni un morisco. El duro bando
salir al punto nos manda
de esta deliciosa tierra,
que al cabo llamamos patria,
nuestras haciendas vendiendo
y dejando nuestras casas.
Y que seamos conducidos,
¡fiero rigor! entre armas,
cual míseros delincuentes
y sin que excepciones haya,
á los más cercanos puertos,
en donde están preparadas
naves, en que, almacenados,
nos conduzcan sin tardanza,
ni más amparo que el cielo,
á las berberiscas playas.

Y pena de muerte impone
la tiránica ordenanza
al que se esconda, ó excuse
un punto cumplimentarla.
Y tambien pena de muerte
al cristiano, que intentara
darnos amistoso auxilio,
ó el amparo de su casa.

MALEC. ¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

ZEIR. ¡Oh furor!

MULIM. Me ahoga la rabia.

Mas, ¿tendrá efecto tal orden?
dí; ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

ABDAL. El aparato solemne
con que ha sido decretada,
esos tercios, esas naves,

y el ser quien de ella se encarga
el conde de Salazar,
cuyo teson y arrogancia
son proverbiales, afirman
que es cierta nuestra desgracia.
Cuando salí de Valencia,
abatida y aterrada,
ya diversos comisarios
con tropas, se preparaban
á esparcirse en el momento
por todas estas comarcas,
á dar cumplimiento al bando
con celeridad extraña.

Ved ¡ay! cuántas vejaciones
á un tiempo nos amenazan!
La menor es el destierro.
Más duras y más amargas
hemos de apurar... ¡Ay, tristes!
Amigos, consideradlas.

(Muestran todos gran abatimiento.)

Ya tal vez por el camino
viene, y llegará mañana
en medio del aparato
de arcabuces y de lanzas,
el que robe nuestros bienes,
el que manche nuestras famas
y nuestra honra, en las personas
de hijas, esposas y hermanas;
el que nuestros tiernos hijos
nos arranque con las almas;
el que en fin, harto de horrores,
nos saque de nuestras casas,
abrumados de cadenas,
ludibrio de infiel canalla,
y nos conduzca á esas naves
para alejarnos de España.
Ved si con razon me aflijo,
ved, pues, si queda esperanza.

MULIM. (Con desesperada resolucion, quitándose el sombrero.)

Si queda, ¡voto á Alá! Queda la muerte,
que es preferible á tanta desventura;
y arrostrar con valor el trance fuerte,
alarde haciendo de marcial bravura.
Triunfar acaso logran de la suerte
más lamentable, embravecida y dura,
un noble arrojo, un generoso pecho,
y aquel santo furor que da el despecho.
No presentéis cobardes la garganta
al cuchillo, cual tímidos corderos.
En tanto apuro, en desventura tanta,
vuestro antiguo valor cobre sus fueros;
y si el cristiano la soberbia planta
en la noble cerviz ha de poner,
ántes se anegue en un sangriento lago,
y el triunfo compre con su propio estrago.

Resuene en Alajuár el santo grito,
y ecos encontrará por toda España.
De los nuestros el número infinito
arde hace tiempo en vengativa saña.
Este horrendo rigor tan inaudito,
esta persecucion nueva y extraña,
apresure el trazado movimiento;
sea señal del súbito alzamiento.

Sí, nobles y oprimidos musulmanes,
que de España os llamasteis los señores:
tengan honroso fin nuestros afanes,
digno de nuestros ínclitos mayores.
Tremolada en guerreros tafetanes
torne á esparcir gloriosos resplandores
(Agita el sombrero y les señala en el la
media luna de paño azul.)

esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,
que esclavitud y oprobio representa.

(Agitación general.)

Tal vez, y con razon, el cielo airado
de ver que nuestra empresa se retarda,
excitar de este modo ha decretado
nuestra resolucion firme y gallarda.
Al fuego del valor desesperado
la España toda se confunda y arda.
O el dominio, ó la muerte en esta tierra.

TODOS. (Con gran entusiasmo.)

Viva, viva Albenzar. Venganza y guerra!

MULIM. (Con dignidad y entereza.)

Basta. Ese grito, heróicos descendientes
de abuelos tan preclaros os pregona.
Que otra vez el valor de los creyentes
desde Cádiz se extienda á Barcelona;
ó en la honrosa demanda, cual valientes
pereciendo, logremos la corona
con que nombre inmortal sólo se alcanza.

TODOS. Viva, viva Albenzar. Guerra y venganza!

ABDAL. (Con fervor.) Bendito por siempre Alá,
y el Profeta sea bendito,
que os inspiran ese grito,
que de victoria será.

Cesó ya mi abatimiento,
pues nacia de temer
que iban mis nuevas á ser
para vos de desaliento.

Mas si produjeron ya
tan noble resolucion,
dichosa fué mi mision.

TODOS. Bendito por siempre Alá.

MULIM. (Calándose el sombrero, y con tono de au-
toridad y de mando.)

Pues, amigos, no perdamos
en accion tan importante
tiempo alguno, y al instante
á ponerla en obra vamos.

El castillo que campea